

## La reina Cristina de Suecia y los españoles

ENTRE las causas de la lastimosa e irremediable decadencia de España en el siglo XVII, durante los reinados de los últimos Austrias, cuéntase no sólo la *falta de medios* de que siempre adoleció la Monarquía para sostenimiento de las varias y múltiples empresas en que se había empeñado, harto superiores a los recursos de que podía disponer la mal administrada hacienda, sino muy principalmente la manifiesta incapacidad de los políticos que dirigieron las relaciones exteriores. El Conde-Duque de Olivares, con todos sus enormes desaciertos, a los que contribuyó en primer término *la nativa, inconsiderada, peligrosísima soberbia española*, característica de nuestros gobernantes, que tantos odios suele suscitar entre los gobernados obligados a soportarla, fué, sin embargo, por sus condiciones de entendimiento y de carácter, muy superior a su sobrino y sucesor en la privanza don Luis de Haro, a la muerte del cual, en 1661, encargóse nominalmente del gobierno el rey Felipe IV, monarca abúlico, de cuya flaqueza de espíritu dan cumplido testimonio sus cartas a sor María de Agreda y cuyas cualidades, descubiertas y ensalzadas por don Antonio Cánovas, ignoráronlas, por lo menudas, sus contemporáneos. La monarquía que heredó y aumentó Felipe II, en cuyos dominios no se ponía el sol, se mantuvo en pie

por la superioridad de nuestros *tercios viejos*, en la que se cifraba la de nuestras armas, y cuando ésta, por muchas y diversas causas, tuvo fin en Rocroy, quedó manifiesta la total decadencia del poderío español, agriéndose y desmoronándose la ingente mole sobre tan deleznable cimiento levantada. Fué necesario ajustar paces, y con los holandeses se firmaron en Münster, en 1648. También en Münster las firmó con Francia el emperador Leopoldo, “dejándonos fuera y con todos los enemigos a cuestas”, según escribía Felipe IV a sor María de Agreda. Tuvimos, pues, que mantener la guerra con Francia once años más, hasta que al fin se concluyó la paz en la isla de los Faisanes.

El tratado preliminar de paz, firmado en París el 4 de junio de 1659, fué obra de don Antonio Pimentel de Prado, diplomático español que se había anteriormente distinguido como Embajador cerca de la reina Cristina de Suecia. Pertenecía Pimentel a una familia oriunda de León, emparentada con los Condes de Benavente, y había nacido en Palermo, el año de 1604. Abrazó la carrera de las armas, sirviendo primero en el ejército de Italia y luego, hacia 1630, en el de Flandes, donde llamó la atención de sus jefes por su valor y su inteligencia, que le valieron rápidos ascensos. El 28 de noviembre de 1643 el Duque de Alburquerque lo recomendó al Rey por sus buenos y leales servicios. Nombráronle caballero de la orden de Santiago, Sargento general de batalla, Gobernador de Nieuport y Gobernador de armas de Bruselas. Durante la Fronda, el archiduque Leopoldo lo envió varias veces a París, cerca del Cardenal de Retz, y cuando Mazarino, en marzo de 1651, expulsado de Francia por el Parlamento, quiso pasar al castillo de Bullón en las tierras del Elector de Colonia, fué Pimentel quien, por orden del Gobernador de los Países Bajos, lo escoltó hasta la frontera alemana y le propuso que entrara al servicio del Rey de España.

En marzo de 1652 pasó a ser Ministro de Feli-

pe IV, cerca de la Reina de Suecia, que, según noticias llegadas a Madrid, se hallaba en trance de mudar de religión, trocando la luterana que profesaba por la católica, movida a ello, según se decía, por la lectura de las *Confesiones* de San Agustín. La conversión de Cristina pareció a Felipe IV negocio importantísimo en que debía ocuparse su católica majestad, y para llevarlo felizmente a cabo fué un acierto el nombramiento de Pimentel, que reunía todas las condiciones necesarias para adueñarse del ánimo y del corazón de la Reina y para contribuir al éxito con no menor eficacia que los jesuítas encargados de catequizarla.

Las correspondencias diplomáticas y las memorias de aquel tiempo dan testimonio de la influencia de Pimentel, que llegó a ser el confidente de los más íntimos pensamientos de Cristina, la cual no sólo le daba públicas muestras de su interés y su ternura, sino que también pasaba a solas con él largas horas del día y aun de la noche en secretos coloquios, según escribía a su Gobierno el Encargado de Negocios de Francia. A la conversión debía preceder la abdicación de la Corona, y verificada ésta en Estocolmo el 6 de junio de 1654 en favor de su primo el conde palatino Carlos Gustavo, con quien no había querido casarse, pasó a los estados de Felipe IV, y en el Palacio de Bruselas, en presencia del archiduque Leopoldo y de Pimentel, acreditado ya como Embajador, abjuró secretamente, la víspera de Navidad, en manos del confesor de este último. De esta abjuración dió cuenta Felipe IV al papa Alejandro VII, en carta cuyo contenido se ocultó al Duque de Terranova, embajador de España, que debía de entregarla a Su Santidad. La Reina quería ir a Roma, pero se le hizo saber que para ello necesitaba haber abjurado públicamente, y como ya había salido de Bruselas cuando supo esta resolución del Pontífice, se dirigió a Insprucca, donde, en la iglesia de San Pedro, ante el legado pontificio Holstenio, canónigo de San Pedro y bibliotecario del Vaticano, luterano converso también, pronunció la Rei-

na solemnemente, el 3 de noviembre de 1655, las palabras prescritas por el Concilio de Trento para la profesión de la fe católica. De Insprucca continuó su viaje a Roma por el Norte de Italia, acompañada de don Antonio Pimentel de Prado, embajador del Rey Católico acreditado cerca de su persona; de don Antonio de la Cueva, en funciones de mayordomo y caballero mayor, y la esposa de éste como camarera mayor de Su Majestad; don Gaspar Rodríguez Recio, como tesorero y administrador de sus bienes, y de una corte y servidumbre alta y baja de más de doscientas personas, en la que sólo había cinco mujeres, tres religiosos y otros tantos músicos.

Triunfal fué la entrada de Cristina en Roma, el 20 de diciembre de 1655, vestida de amazona y cabalgando a horcajadas sobre un caballo blanco, entre dos cardenales, siguiéndola todas las carrozas de la ciudad con los prelados, los nobles y los caballeros, que juntamente con el pueblo vitoreaban a la nueva católica. El día de Navidad recibió de manos del Papa los sacramentos de la Confirmación y la Comunión, añadiendo a su nombre los de María Alejandra, de los cuales nunca usó el primero, pero sí el segundo, posponiéndolo al suyo algunas veces en la correspondencia oficial y en las medallas que mandó acuñar en Roma a varios artistas italianos.

Tanto el papa Alejandro VII, recién elevado al Soglio pontificio, como, a su ejemplo, los Cardenales y Príncipes romanos, se desvivieron en agasajarla, regalarla y servirla. Su Santidad se gastó 200.000 ducados en una carroza, litera y silla de manos, con figuras de plata que dibujó Bernini; la Princesa de Rossano le presentó un reloj de oro de un palmo de alto, lleno de diamantes y otras piedras y perlas de valor de 15.000 ducados, y la de Butera un abanico de tres cuartas de alto, con la misma riqueza pero de precio más subido, al doble. Festejaronla también con banquetes, comedias y saraos. El Papa le ofreció un espléndi-

do banquete, en el cual, según el protocolo pontificio, sólo comieron los dos, cada uno en su mesa, la una junto a la otra y la de la Reina, más baja y más pequeña, a la derecha de la de Su Santidad. Los nobles y los representantes de las órdenes religiosas ocupaban el salón, invitados no para comer, sino para mayor atuendo de la fiesta, habiendo después de la comida música y comedia. Sobresalió entre los demás agasajos de que fué objeto Su Majestad el famoso torneo con que la obsequió el Príncipe de Palestrina, fielmente reproducido en el cuadro que adorna, en el palacio Barberini, una de las paredes del salón de Cortona.

No hubo más contratiempo que el promovido por los Grandes de España, que no quisieron, ni ellos ni sus mujeres, visitar a la Reina por no permitirles Su Majestad cubrirse en su presencia. Aprobó el Rey esta resistencia, y así se lo avisó el Duque de Terranova al Príncipe de Sulmona. Eso no sorprendió a los que sabían cuán puntillosos fueron siempre nuestros Grandes. Entre ellos cita el maestro de ceremonias, don Agustín Nipho, a los siguientes: el Duque de Nájera, el Marqués de Camarasa, el de Aytona, el Conde de Santisteban, el Marques de Leganés y el de Bedmar, que a su paso por Roma se excusaron de ir a besar el pie de Su Santidad por no querer entrar sin espada ni sombrero, cuando los Príncipes romanos que habían tenido Pontífice de su casa entraban con espada, capa y sombrero.

No fué en zaga al Papa nuestro generoso rey Felipe IV, que tan luego como supo la llegada de Cristina a Amberes, donde entró vestida de hombre y a caballo, porque era en el cabalgar muy diestra, le envió con Pimentel treinta caballos hermosísimos y ricamente enjaezados y muchas cosas ricas de la India, y la Reina muchas cosas de olor. Ella escribió al Rey una elegantísima carta y le mandó su retrato, armada de medio cuerpo arriba, gallardísimo el talle, hermosa cara, ojos vivos y rasgados y con tal severidad, que decía bien

lo que era. Mantúvose la amistad con nuevos regalos. El Duque de Terranova tuvo orden de presentarle en Roma cuatro tiros de a seis caballos napolitanos, y además un grandísimo número de libros jocosos y de buen gusto, así en prosa como en verso, que hay en España, encuadernados y dorados lisa y curiosamente, que apreciaría más que si fueran joyas de diamantes, según lo estudiosa y leída que era, hablando once lenguas como la propia. Y a Madrid llegó, el 29 de enero de 1656, un gran presente de cosas diversas y de estimación, y entre ellas ocho caballos de color isabela, y tan pagado estaba el Rey de Cristina, que sólo faltaba, según Barrionuevo, que a ésta se le antojara que le hiciese algún hijo el Rey, que en esto de bastardos tenía muy buena mano y en los legítimos una dicha muy corta.

Teníase por cierto que la Reina vendría a Madrid en mayo, y se le previno hospedaje en la casa del Pasadizo de las Descalzas y la del Conde de Lodosa, aunque parecía más probable que el Rey la aposentase en el Retiro. Y también se dijo que acabaría por profesar en las Descalzas, que era donde iban a parar las personas de sangre real, pura o bastarda.

Pero las cosas no corrieron en Roma como se pensaba, y así lo escribió el Duque de Terranova, que era mal visto de Su Santidad y de los Cardenales, atribuyéndolo al *escuadrón volante* que había hecho al Papa. Y al escuadrón volante, o, mejor dicho, al cardenal Azzolino, que lo capitaneaba, débese también el que la Reina de Suecia riñera por completo con los españoles el año de 1656.

En la amistad que les tuvo cupo parte principal la que había cobrado a Pimentel, y en un pasquín muy bello que pusieron a la Reina de Suecia en Roma se la trataba de hipócrita, vana, loca y deshonesta con don Antonio Pimentel, su querido del alma, y otros, y se decía que un Cardenal le dió una joya riquísima para que se la pusiese en su nombre, diciéndola no la

podría emplear en mejor parte ni en mujer más linda, y que le respondió que enamorarse no lo estaba tanto como había menester.

El Cardenal a que el pasquín se refería era Azzolino, mozo gallardo y de lindo talle y disposición, ducho ya en lances de amor, como lo había acreditado con la princesa de Rossano, Olimpia Aldobrandini. De él se prendó Cristina con pasión tan vehemente y perdurable, que sólo para adorarle y para servirle vivió desde que le conoció, en 1655, hasta que recogió el Cardenal su último suspiro y le cerró los ojos, en 1689.

La franqueza y confianza con que empezó la Reina a tratarle movieron a su mayordomo mayor, don Antonio de la Cueva, a advertirla que los cardenales del escuadrón volante no eran afectos a la Corona de España, por lo que no debía de intimar con ellos. Molestó a la Reina la advertencia, pero disimuló y no dejó ver su enojo, lo cual hizo que siguiera predicándole don Antonio y que se picara ella de veras. Llegó en aquellos días a Roma M. de Lionne, secretario de Estado del Cristianísimo, para asuntos que interesaban mucho a su Corona, y entre ellos de que fuera recibido por el Papa el Embajador de Portugal, y enterado de lo que ocurría con la Reina de Suecia y queriendo ganársela y allanar el terreno para sus gestiones, mandó a Mme. de Lionne a cumplimentar a Su Majestad. Opusiéronse los Ministros españoles a que la recibiera, alegando que no tenía Lionne carácter de embajador, y que, por consiguiente, no podía su mujer ser recibida como embajadora. Un mes duró la disputa, hasta que habiendo llegado a noticia de la Reina que Lionne había sido tratado como embajador por los de Venecia y Portugal, recibió a su mujer y la retuvo algunas horas en la audiencia. A la visita de la embajadora siguió la del embajador, que la última noche del Carnaval la convidó en su casa a una espléndida comida, seguida de una comedia francesa. Este fué el primer paso que dió la Reina para alejarse de los españoles.

El segundo fué el de colocar bajo el dosel, en la cámara de audiencia, el retrato del Rey Cristianísimo que le había presentado Lionne. Dejó entonces Pimentel de visitarla, y habiendo llegado a oídos de la Reina las quejas y murmuraciones de los españoles, que ponían nota en su honestidad, no pudo contener su ira, y al despedirse Pimentel le habló de esta manera: "Sois un pícaro gallina, ladrón, infame y mal caballero, y a no ser vasallo del Rey de España, a quien yo estimo tanto, hiciera con vos la demostración que merecíades. No parezcáis más delante de mí, ni ocasionéis se irrite más contra vos mi enojo." Con que le volvió las espaldas y se fué sin oírle respuesta ninguna.

Partió de Roma Pimentel para encargarse del gobierno de Alejandría y de la provincia Transpadana, en el Estado de Milán, y de allí fué enviado a Madrid por el Conde de Fuensaldaña para llevar al Rey la noticia de la próxima boda de Luis XIV con su prima la princesa Margarita de Saboya. De Madrid salió Pimentel a fines de octubre de 1658 con instrucciones de don Luis de Haro para trasladarse por la vía más rápida a la corte de Francia, a fin de proponer una tregua de un año que permitiera discutir las cláusulas de una paz definitiva y las condiciones del matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa. En Lyon se encontró Pimentel con Mazarino, el 25 de noviembre, y con él siguió desde aquel día directa y secretamente una negociación que duró seis meses, y tuvo por resultado una tregua de dos meses, que se firmó en París el 8 de mayo de 1659, y el tratado preliminar de paz de 4 de junio de aquel año, que debía adquirir carácter definitivo cuando se reunieran en la isla de los Faisanes don Luis de Haro y el cardenal Mazarino para ultimar la negociación de la paz con las estipulaciones relativas a la boda del Rey Cristianísimo con la Infanta española. El tratado de 4 de junio, que Pimentel consideraba un triunfo diplomático, fué ratificado por Felipe IV; pero ni el Rey ni don Luis de Haro, su ministro, perdonaron

a Pimentel que no hubiera obtenido para el Príncipe de Condé la restitución de sus cargos y mandos en Francia, que Felipe IV reputaba una cuestión de honra por los compromisos contraídos con su aliado aquel Príncipe francés. Esto fué causa de la desgracia de Pimentel, que no tomó parte en las negociaciones del tratado de los Pirineos por haberse visto pospuesto al anciano secretario de Estado don Pedro Coloma, que vino de Madrid acompañando a don Luis de Haro. Años después, en el de 1667, cuando el Marqués de la Fuente dejó vacante la Embajada de Francia, apoyó el Duque de Alba a Pimentel, cuya candidatura, por la recomendación del Duque, fué acogida por Castrillo y Peñaranda; pero no triunfó, echándosele en cara el ser “por toda su doctrina y máximas enemigo de la nación alemana y de la augusta Casa, grande amigo de M. de Lionne, odiado de Condé y más presuntuoso que útil”.

En cuanto a don Antonio de la Cueva, que era un servidor a sueldo y a casa y mantel de la Reina, dábale con ella aires de igualdad y aun de superioridad. Su antecámara estaba siempre llena de damas y galanes que le hacían la corte, así como a su mujer, que era bellísima y de muy agradable trato, mientras la antecámara de la Reina solía estar desierta, sin más que el Gentilhombre. Hablaba continuamente don Antonio de que quería irse a Flandes, sin que hallara ocasión para emprender el viaje, a cuyos gastos contribuyó la Reina empeñando algunas alhajas. Como no se decidiera a marcharse, buscó Cristina ocasión para obligarle a ello. Salió un día Su Majestad en coche con su mayordomo y camarera, según tenía costumbre, para recibir la bendición que daba el Papa desde el balcón de San Pedro. Se quedó Su Majestad en el coche mientras todos los de su séquito se postraron en tierra, excepto don Antonio, que permaneció en el carruaje con la Reina, la cual le dijo: “¿No quiere usted recibir la bendición del Papa?” Y habiéndolo hecho bajar y arrodillarse como

los demás, añadió: "Así se enseña la buena crianza a quien no la tiene."

Bien fuera porque don Antonio se hallaba muy a gusto en su destino, bien porque creyese que en él servía a Dios y a su Rey, siquiera fuese con algún vilipendio, ello es que ni se consideró ofendido por palabras pronunciadas por labios femeninos, ni puso en sus preparativos de viaje la premura que deseaba su señora, la cual, después de su riña con Pimentel, estaba ya harta de españoles. Así, pues, un día que supo que había ido La Cueva del Palacio Farnesio al de España. llamado por el Embajador, aprovechó la ocasión para salir en coche, haciendo que el conde Santinelli, gentil-hombre de su Cámara, tomase asiento en el carruaje como mayordomo mayor, al lado de la mujer de don Antonio.

Con este nuevo desaire coincidió la llegada de la orden del Rey de que se apartasen de Cristina los españoles a su servicio. Despidiéronse todos, y al despedirse don Antonio y su mujer les advirtió la Reina que no hablasen de ella en Flandes como lo habían hecho en Roma. Fuéronse llorando y muy regalados, como también Pimentel. Al Papa, que estaba en Castel Gandolfo, le participó la Reina lo ocurrido por medio del caballero Baldeschi, y al conde Thieni, gentilhombre de su Cámara, lo envió a Frascati, al cardenal Médicis, para que hiciera saber al Rey Católico lo mal que se había portado con ella don Antonio, y que si no hubiese sido por respeto a Su Majestad lo habría hecho tirar por la ventana. Quedó el Cardenal poco satisfecho del recado, y no sólo no se despidió de la Reina cuando partió para Florencia, sino que ordenó al Embajador del Gran Duque que no la visitase, so pretexto de que no quería ella recibirlo sino como recibía la Reina de España.

Tal fué la indignación de los españoles, que instigados, según se cuenta, por el maestro de Cámara del Embajador, Adriano Villi, tramaron nada menos que

prender fuego a todos los heniles de Roma, saquear la ciudad y prender al Papa y a la Reina; pero si bien no pasaron de meras baladronadas, tembló el Papa, y la Reina tomó el camino de París, donde fué tratada con grandísimos honores, regresando a Roma como aliada de la Corona de Francia, aunque manchada con la sangre del asesinado Monaldeschi (1).

En Madrid se dijo que la Reina había salido de Roma embarazada de cuatro meses por obra del cardenal Azzolino, que la festejaba, lo cual no se complace con el traje de viaje con que se despidió del Papa, que era un colete de ante que le llegaba a las rodillas, espadín y sombrero de plumas.

Antes de que hubiesen sucedido o se hubiesen dicho tales cosas, había escrito don Pedro Calderón un auto sacramental de la reducción a la fe de la Reina de Suecia; pero bajó un decreto del Rey al Presidente para que no se hiciese, porque no estaban en el estado que tuvieron al principio las cosas de esta señora, cuya casa y servicio de criados se componía ahora sólo de franceses. Y decía el decreto: "No dejaréis que se represente el auto de la Reina de Suecia, y aunque esté tan adelantado el tiempo, yo fío del ingenio de don Pedro Calderón, que hará otro luego para que no haya falta en el festejo de ese día."

Los sinsabores que al Duque de Terranova proporcionaron la Reina de Suecia y la Curia romana acrecentaron sus deseos de salir de Roma para tomar posesión de la plaza del Consejo con que vió premiados sus servicios, que él creía merecedores de algún Gobierno o Virreinato en Italia, salida entonces natural de los embajadores en Roma. El 4 de diciembre de 1656 le admitió Su Majestad la dimisión de la Embajada, y

---

(1) Están tomados estos datos de un papel del archivo de la Embajada de España que tiene por rótulo: *Origen de los disgustos de la Reina de Suecia con los españoles el año 1656*, y completados con los *Avisos* de Barrionuevo.

se despidió muy poco satisfecho de Su Santidad, que para postre le ahorcó a un lacayo, mientras en Madrid se contentaron con desterrar a un lacayo del Nuncio, reo de iguales fechorías.

EL MARQUÉS DE VILLA-URRUTIA.